

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESBITERO DR. ÁLVARO SÁNCHEZ EN LA BASÍLICA PRIMADA, EL 20 DE AGOSTO DE 1953, EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD CELEBRADA PARA CONMEMORAR EL CINCUENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE COLOMBIA.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 2 y 3, Volumen XI
Segundo y Tercer Trimestres de 1953*

Ilustrísimo Señor:

Señores Miembros de la Sociedad Geográfica de Colombia,

Señoras, Señores:

Con la severa sencillez propia de los documentos oficiales de elevado carácter, el Decreto que creó el 20 de agosto de 1903 la Sociedad Geográfica de Colombia, trae en sus considerandos las razones para echar las bases del entonces nuevo y hoy por diez lustros glorioso Instituto. Teniendo en cuenta, dice, que "el día 20 del mes en curso se celebrará el centenario de la conclusión del Observatorio Nacional; que su ilustre fundador el doctor José Celestino Mutis, y su principal colaborador doctor Francisco José de Caldas fueron de los que primero y con más éxito trabajaron en los estudios geográficos del país; que cada día son más necesarios los trabajos y estudios de esta clase para la buena marcha de la administración pública y para el desarrollo del comercio y de la industria..." y luégo la cláusula ejecutiva que puso en marcha el Instituto Geográfico. El Decreto del 30 de septiembre del mismo año trae la lujosa nómina de los socios fundadores, cuya infatigable laboriosidad, positivas conquistas, profundidad científica y legítimas glorias, muy ilustres miembros actuales de la benemérita Sociedad Geográfica de Colombia, habéis sabido emular en todos los tiempos.

Nació vuestro Instituto como una estela conmemorativa en las sendas científicas del país, y fue propiciado por dos nombres gloriosos: el del insigne sacerdote gaditano que ofició ante las Aras Eucarísticas y ante las aras de la ciencia, y el del payanés Egregio que supo entretrejer con su pacífica corona de investigador y de científico las ensangrentadas hojas de laurel que ciñen las frentes de los adalides inmolados en la defensa de la Patria.

Patria, fides, amor, era la divisa, cuenta la historia de las bellas letras, de trovadores provenzales y catalanes en esas justas y tensiones del gran saber que ponían en siglos pasados, pese a las tempestades sociales y a los conflictos armados, una nota de belleza ideal y caballerisca.

Fides, scientia et patria pudo ser la divisa de la afortunada generación que despidió la última etapa de la vida colonial y saludó alborozada el inicio de la gesta emancipadora.

Rara y magnífica conjunción de valores auspició esa hora, llamémosla crucial con calificativo muy del día, apellidémosla estelar pensando en el guión celeste de la caravana navideña, hora en que el imperativo de Dios llamó a nuestras gentes a trajar nuevos caminos.

En la friolera y conventual Santa Fe, carente del esplendor cortesano de la Lima Virreinal, sin las riquezas sagradas de Quito que aunaba asperezas penitentes consensuales halagos, la cotidiana monotonía había venido a turbarse con una casi increíble noticia:

“Por cédula expedida en San Lorenzo el Real, el 19 de noviembre de 1783 ordenábase organizar una expedición botánica semejante a la que ya actuaba en el Perú; encargábase de ejecutar lo dispuesto, al Arzobispo Virrey Don Antonio Caballero y Góngora, prelado insigne, varón de excelentes dotes administrativas, de gustos principescos y señalado entusiasmo por las letras y las ciencias; y nombrábase director de la dicha expedición a *Don José Celestino Mutis*, de sobresaliente instrucción dice la real cédula, en la botánica, historia natural, física y matemáticas, igualmente acreditado por su amor y fidelidad a la persona de su soberano, por lo ajustado de su conducta, y ardiente celo por el progreso de las ciencias que, añade el documento real, sin estipendio alguno ha enseñado y promovido a sus expensas”.

Qué torrente de nueva vida la regia disposición traía a esta altiplanicie andina, predestinada al parecer para emboscado alcázar de una bella durmiente que no para sede de conquistas *científico-positivas* y, 27 años más tarde, para teatro de la reyerta, preludio de la epopeya libertadora. En las antecámaras de la mansión virreinal sería el preguntarse, ya sobre los dineros requeridos para la

magna empresa, ora sobre el modo y el cuándo de darle comienzo y andar gallardo, que aventajase a los científicos de Lima; en las aulas del Rosario donde Mutis tenía su cátedra, sería el complementarse y el complementar al docto naturalista y matemático que, vestido ya el traje talar sonreía entusiasta, viendo en vía de realización el ensueño que lo indujo a cambiar su residencia en las cortes europeas por la aventura, sobre las tierras inexploradas de América; profesores y alumnos de San Bartolomé y el Rosario se preguntarían quiénes más tendrían el honor de militar en esa expedición conquistadora no de nuevas tierras sino de nuevas provincias científicas; y, como de ordinario acontece en ocasiones semejantes, a los labios de todos apuntarían nombres posibles con sus reales o supuestos méritos y capacidades.

El común de los santafereños indagaría el sentido de tal expedición, comentarían sus resultados, y sus posibles ventajas, y hasta la gente esclava advertiría que una novedad de carácter muy elevado ocupaba a sus amos y les traía en desusada animación.

Mutis, entre tanto, discurriendo sobre cuanto era necesario para corresponder cumplidamente a la confianza que en él había depositado Su Majestad, tomaba sus medidas. Desde su llegada a Santa Fé, como médico del señor Virrey Messía de la Cerda, hasta su ordenación sacerdotal; desde su viaje a Mariquita y permanencia en ella y tierras aledañas, buscando con ambición, más tenaz y sacrificada que la del pescador de perlas, la flor campesina para estudiarla, clasificarla y darle un pomposo nombre latino, por cuántos pasos y mudanzas le había traído la Providencia para ponerlo a la cabeza de un empeño tan grato a su mente de sabio como a su corazón de sacerdote.

Comenzaba el siglo XIX. Aureo ensueño de Mutis el dotar a Santa Fé de un Observatorio Astronómico, complemento indispensable para el feliz resultado de la empresa científica en que él y otros más estaban comprometidos. Cuántas veces, de atardecida, a la luz diamantina de véspero, recorrería las mal adoquinadas calles de la incipiente villa y miraría hacia las colinas que la circundaban y pasaría la vista por los solares bardados a lo rústico y acaso sembrados de hortalizas, o invadidos por yerbas silvestres y emplazaría acá y allá su soñado Observatorio. Logrado el lote de terreno óptimamente elegido por su ciencia astronómica y su capacidad matemática, cuántas veces discurriría con Fray Domingo de Pérez el arquitecto de la Catedral y del desaparecido y siempre lamentado templo de Santo Domingo, sobre la traza arquitectónica, las condiciones especiales y el monto de la fábrica del Observatorio. El 24 de mayo de 1802, cuenta el doctor Florentino Vezga, se comenzaron los trabajos, proseguidos sin interrupción, merced a la diligencia del señor Rizo, colaborador de Mutis, hasta el 20 de agosto del año siguiente, en que la blanca silueta de una torre octagonal se alzó sobre las casas vecinas. Y así fue erigido, empleemos unas palabras de Caldas, el

primer templo a Urania en el Nuevo Continente.

Tema para ser tratado en un diálogo al estilo de los del Egineta, es sin duda el encuentro de Mutis y Caldas. España y América en la inteligencia y en el corazón de dos hombres representativos: el maestro cargado de experiencia, un tanto encorvado por los años, estrecha la mano del criollo, joven, en cuyos ojos crepita la llama del genio. Y los dos se compenetraron en el culto de la verdad, en el anhelo de la ciencia, en esa suprema comprensión de los hombres y de las cosas que da el desinteresado servicio a un ideal fervientemente amado.

A qué punto Caldas comprendió el alma excelsa del matemático, del naturalista y del sacerdote, lo dice una carta fechada en Quito y en abril de 1802. "Señor Dr. D. José Celestino Mutis. Mi Padre: Permítame vuestra merced este dulce tratamiento. Son tantos los beneficios que he recibido de sus manos, que exceden a los que pudiera haber recibido del padre más bueno. Mi alma está abrasada en el más vivo reconocimiento; no puedo separar un instante al generoso Mutis de mi memoria. ¡Qué fiel es mi corazón! Cuando estuve en esa ciudad en 1796 y vi a Ud. en muchas concurrencias sagradas, olvidando la santidad de los lugares fijaba mis ojos y meditaba sobre el exterior del sabio Mutis; un secreto placer me arrebatava y no me cansaba de mirar al padre de nuestros conocimientos. Si fuera estatuario o pintor, creo formaría en Quito el retrato del ilustre Mutis". El cuerpo de la carta trata de proyectos científicos, plenos de optimismo y entusiasmo para concluir con estas palabras reveladoras de la modestia sincera, de la pureza de miras con que esos espíritus superiores se dieron al culto de la ciencia: "Estas son mis ideas, estos los pensamientos que me ocupan. Conozco que soy joven, que mi entusiasmo me puede arrebatar y proponer delirios; vuestra merced, lleno de prudencia y de sabiduría, refrenará mi actividad, quitará, añadirá, disipará mis imaginaciones". Creo que Platón no hubiera mostrado ni más respeto a Sócrates bajo los pórticos de Atenas, ni más férvido entusiasmo en la búsqueda de la Sabiduría, esquivada deidad, que no descubre sino al *desinterés* y al sacrificio el mágico esplendor de su belleza.

Hace ciento cincuenta años el Presbítero José Celestino Mutis hacía entrega del Observatorio, construido a sus expensas, bajo su dirección y por su iniciativa, a su discípulo Francisco José de Caldas. ¡Quién dijera la empeñosa actividad que desplegó el payanés para montar los instrumentos, pocos, pero excelentes para la época, la ímproba labor que se impuso en orden a adelantar observaciones, y consignarlas día a día y el placer de comunicar a su protector y maestro el resultado de sus trabajos!

"La época más dichosa de la vida de Caldas, dice uno de sus biógrafos, fueron los años en que

gozó de la plena y pacífica posesión del Observatorio. Digno sacerdote de la divinidad tutelar de aquel santuario, consagrado fervorosamente a su culto, pasaba allí la mayor parte del día con sus libros, con sus instrumentos, o con la pluma en la mano, en las diversas tareas científicas a que se había dedicado; pasaba allí también parte de la noche si el estado del cielo era favorable a las observaciones astronómicas; y allí le amanecía tras de pocos ratos de inquieto sueño en un catre de camino, cuando así lo demandaba la circunstancia de algún notable fenómeno celeste”.

Sin pavimento la ciudad, con casas de tierra pisada, sin monumentos públicos, desprovista de los más elementales servicios urbanos, su recinto cobijaba dos hombres de, ciencia de talla, de contextura europea; Humbolt y Bonaplant los admiraron. Había en la meseta andina lo que es necesario para dar carácter y grandeza al más insignificante rincón del planeta: la rectitud del corazón y el vuelo del genio.

Bullían ya en el seno de la sociedad santafereña los primeros gérmenes de la revolución; Nariño leía con avidez libros y noticias de ultrapuertos; en las tertulias se cultivaban las letras y brillaba el ingenio. Y así como cuando en el casquete polar la aurora boreal se anuncia, tempestades eléctricas cruzan de fantasmagóricas claridades el espacio inerte, antes de que se encienda el milagro del día; algo semejante aconteció en el nostálgico cielo colonial, antes del advenimiento de presentidos avatares.

Dos años antes de iniciarse la revolución colombiana, en un amanecer melancólico las campanas del monástico templo de Santa Inés tocaron a duelo: Mutis había muerto! La venerable silueta del sacerdote sabio no trajinaría ya más, envuelta en sus negras hopalandas la calle de la Carrera para ir al jardín del Observatorio, cruzar el umbral de su torre, subir la escalera e iniciar con Caldas el coloquio científico. Prieto el pecho de sollozos recibirían la noticia José y Sinforoso Mutis sus sobrinos, Zea y Valenzuela, Aguiar y Matiz y Benedicto Domínguez y todos sus discípulos. *El Semanario*, órgano de la Expedición botánica publicó un artículo necrológico debido a la pluma de Caldas. ¿Quién otro hubiera podido mejor trazar la semblanza del llorado Maestro y presentar ante sus restos mortales un memorioso y agradecido homenaje? *"Ha muerto en la paz del Señor como mueren los sabios, como mueren los santos. Contemplando la naturaleza elevaba su espíritu a su Autor, le adoraba y se desprendía enteramente de la tierra. Para unirse más a Él, recibió las órdenes sagradas en Santa Fé en 1772. Desde aquella época fue un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza. Divididos todos sus momentos entre la Religión y las ciencias, fue un modelo de virtudes en la primera y un sabio en las segundas. Provocado por el Virrey de La Cerda a regresar a la Península, se denegó y resolvió morir entre nosotros: Tanto amaba la América, a sus selvas, a su*

profunda tranquilidad". *Scienza — fides — Patria* — podríamos escribir para finalizar la sentida página del discípulo ante la ausencia definitiva del Maestro.

El panorama había cambiado: En marcha las bisoñas huestes patriotas, sin armas casi ni bagajes, en la imposibilidad de pedir al extranjero los más indispensables elementos bélicos, de súbito el genio de Caldas se transformó de astrónomo en ingeniero militar, de naturalista en fundidor. Y allá levantaba planos topográficos para establecer líneas de defensa, allí construye una máquina para acuñar moneda, más adelante idea un molino para la fabricación de la pólvora, funde cañones, dota de alguna artillería al ejército patriota, lo provee de cartuchos y es el alma de ese puñado de valientes.

No era posible que, militando en las vanguardias, lograrse el gozo de ver avanzar las banderas tricolores, junto con sus compañeros,

bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales.

Hecho prisionero junto con otros compañeros de arma por el jefe realista Simón Muñoz, habida consideración de su extraordinario valer intelectual, fue ofrecido, por el mismo jefe que lo había capturado, manera de escapar. Mas no habiendo logrado él proposición semejante para sus compañeros, rehusó salvar solo su vida. Conducido a Bogotá ante el *Consejo Permanente de Guerra*, fue sentenciado a ser pasado por las armas. Y ocho años después de extinguida la preciosa existencia de Mutis, en una mañana de octubre plañeron los bronce de la Iglesia de San Francisco. De los claustros del cercano Colegio del Rosario salía una escolta de soldados. Custodiaba a dos caballeros que marchaban serenos, alta la frente, oyendo con suma atención y musitando las preces que leían en sus breviarios dos frailes franciscanos. Llegados al lugar de la ejecución, y atados a sendos banquillos, las preces de los agonizantes fueron cortadas por las violentas detonaciones de las armas de fuego: Ulloa y Caldas eran los apellidos de los que así rendían la vida para la creación de la República. El parte de la muerte de Caldas dice mejor que elogio alguno lo cabal de su sacrificio: "El 29 de octubre el Doctor Francisco Caldas, ingeniero general del ejército rebelde, y general de brigada* fue pasado por las armas, por la espalda, y confiscados sus bienes".

Scienza — fides — Patria — podemos escribir para rubricar el nombre del mártir, y como corona de su martirio.

Al cumplirse los cien años de la elección del Observatorio un Decreto del Ejecutivo creó la Sociedad

Geográfica de Colombia. Llamadas de genio, fecundísima labor científica, generosa agitación de ideas precedieron los primeros fuegos de la guerra magna; la creación del Instituto aconteció apenas concluía la más larga y sangrienta de nuestras contiendas civiles. Me ocurre pensar que tanto en la prosperidad como en la prueba, cuando la Patria cantaba su epopeya como cuando desgranaba sus trenos sobre las tumbas de sus hijos, inmolados en locura fratricida, la sola consigna que sublima triunfos y dulcifica penas, cimenta legítimas glorias, extingue enconos y restaña heridas es la que compendia las vidas y sacrificios de nuestros héroes — *sciencia — fides — patria*. La investigación de la verdad, que en el orden social se traduce en justicia, que amada y practicada es promesa de eternidad, derrota del criterio positivista, victoria sobre todos los egoísmos, sentido espiritualista de la vida, y amor a los hombres en Cristo; Patria, ideal temporal, ciertamente, más símbolo de la suprema unidad en el mismo corazón de Dios.

Me imagino que, en años venturos, derruidas por entero las casas que circuían el Observatorio y rodeado de un jardín, quedará flanqueado, hacia el sur por el palacio de los Gobernantes de Colombia, hacia el norte por el santuario de las leyes y la Basílica primada y será esa vetusta y modesta torre octogonal el permanente testimonio del esfuerzo cultural español que nos dio a uno de sus más grandes hombres de ciencia como apóstol de la verdad y sacerdote de las más nobles disciplinas, nos trajo la doctrina de Cristo, y nos enseñó con el ejemplo que a la Patria hay que amarla hasta el sacrificio.

En el hermoso panegírico de San Alberto Magno, el entonces Cardenal Pacelli hoy Pío XII al pronunciarlo en la Iglesia de la Minerva en Roma dijo estas palabras, que yo hoy recojo reverente para dárselas como recuerdo de esta solemne y patriótica conmemoración:

"La ragione e la fede sono sorelle, nate de la medesima sapientia divina, e vera grandezza, segno d'immortalità e re- conoscere e venerare il común sangue che lo so scorre nelle vene. La razón y la fé son hermanas, nacidas de la misma divina sabiduría; es verdadera grandezza y signo de inmortalidad reconocer y venerar la común sangre que circula por sus venas".

Muy ilustres Miembros de la Sociedad Geográfica de Colombia, continuadores meritísimos de la empresa iniciada por la Expedición botánica: señal de grandezza y promesa de inmortalidad es el aunar para la conquista de la sabiduría, la razón y la fé. *Siencia, fides, Patria*, es la consigna de los cruzados de la verdad para la grandezza de Colombia.



Inauguración de la placa de mármol a los fundadores.

